

[illegible] del corazón.

BORRASCAS DEL CORAZON.

DRAMA TRÁGICO

EN CUATRO ACTOS

DE

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de Censura de los teatros del Reino, en 22 de Abril de 1849.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Noviembre de 1853.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA BLANCA.	*Doña Matilde Diez.*
DOÑA LEONOR.	*Doña Teodora Lamadrid.*
DOÑA BEATRIZ.	*Doña María Córdoba.*
DON LUIS FAJARDO. . . .	*Don Julian Romea.*
DON JUAN.	*Don Florencio Romea.*
DON PEDRO PEREZ SARMIENTO, CONDE DE SANTA MARTA. .	*Don Pedro Sobrado.*
BALLESTA.	*Don Juan Torroba.*

DAMAS Y CABALLEROS.

Madrid. 1614.

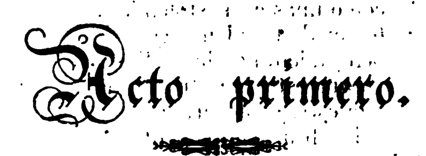
Al Excmo. Sr. D. Manuel María de Samaniego, Aspret, Pizarro, Carvajal, etc., Vizconde de Armería, Grande de España, etc., etc., etc.

Ignoro la acogida que dispensará el público á este drama cuando aparezca ante su inapelable tribunal. Yo acataré sin murmurar su fallo; pero adverso ó favorable, esta obra será siempre para mi la mas querida de cuantas se elaboraron por mi pobre ingenio.

Por eso te la dedico, y por eso tú la aceptas, porque convencidos estamos del fraternal cariño que nos une.

Sea esta produccion una prenda mas de nuestra recíproca estimacion, y vayan juntos en ella tu nombre ilustre y el modesto nombre de tu leal amigo

TOMAS.



Salon en la casa de don Pedro Perez Sarmiento, Conde de Santa Marta.—Galería en el fondo, y en uno de sus ángulos la puerta de un oratorio.—En el salon puerta á la izquierda del actor: sillon y mesa con blasones cerca del proscenio.—En la galería arde una lámpara: luces en la escena.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ. BALLESTA.

BEATRIZ. Dígame si está contento
en casa el señor Ballesta.
BALLESTA. El trabajo no fatiga
y la pitanza es muy buena;
pero á deciros verdad,
honrada y piadosa dueña,
aunque hay regalo y va todo
por buen camino y en regla,
de servir en esta casa
á fé de quien soy me pesa.
BEATRIZ. Sepamos si puedo yo
hacerle cambiar de idea...
BALLESTA. Oh! no señora, imposible:
es una cosa resuelta,
y que al alcance no está
de vuestro poder la enmienda.
BEATRIZ. Seguro?
BALLESTA. Juzgadlo vos.

Yo que he servido en la guerra
al señor don Luis Fajardo,
de la primera nobleza,
héroe, galan y festivo
como unas carnestolendas:
terror de los alemanes,
pensamiento de las bellas:
yo que estoy acostumbrado
á la estrepitosa gresca
del militar campamento,
ora en la ardiente pelea,
ora en la paz caminando
en pós de las hijas de Eva;
y que me gusta cantar
y puntear la vihuela...
¿cómo es posible que yo
me trueque en anacoreta?
En esta casa la calma
de los cementerios reina:
aquí nos hacen pasar
rezando noches enteras;
no he visto reir á nadie
ni en la sala ni en la mesa:
en la faz del señor Conde
marcada está la tristeza...
y en esto no le va en zaga
mi señora la Condesa...
en fin, quien sirva á los Condes
de Santa Marta, haga cuenta
que al encerrarse en su casa
en un convento se encierra.
Siempre fueron de esta guisa
los señores?

BEATRIZ. No, Ballesta:
un año á lo mas hará
que esta mudanza se observa:
antes hubo aquí saraos
y lujo y magnificencia;
pero de pronto cayó
de grave peligro enferma
la señora, y segun dijo
Diana su camarera,

hizo un voto, y renunció
á la pompa y la soberbia
del mundo para entregarse
á la vida mas austera.
De entonces, Ballesta amigo,
el silencio se aposenta
en esta casa, y no hay nadie
que á interrumpirlo se atreva.

BALLESTA. Pero ese voto es eterno?

BEATRIZ. Se ignora.

BALLESTA. Siendo tan bella
y tan jóven doña Blanca,
dígoos, por Dios, que me llena
de admiracion su conducta
tan en estremo severa.

BEATRIZ. No la usará mucho tiempo...
por cuidar el alma deja
el cuerpo en olvido, y pronto
vendrá á dar con él en tierra.

BALLESTA. Tengo yo aquí para mí,
aunque acertar no quisiera,
que doña Blanca padece
la enfermedad mas tremenda
que puede sufrirse...

BEATRIZ. Cuál?

BALLESTA. Escrúpulos de conciencia.

BEATRIZ. Quién sabe...

BALLESTA. Pues será lástima
que estando en la primavera
de la vida, no la ahuyenten
esas vulgares quimeras...

BEATRIZ. Chit! callad.

BALLESTA. Por qué?

BEATRIZ. Oigo pasos...
(*Mirando á la izquierda.*)
lo dicho... hácia aquí se acerca.

BALLESTA. Quién es?

BEATRIZ. Doña Blanca.

BALLESTA. Entonces
vamos de aquí no nos vea...

BEATRIZ. Es imposible, ya sale.

(*Por la puerta de la izquierda sale doña Blanca con*

Izq.da

hábito de la Soledad y toca negra: completa palidez en el semblante y abismada en profundas meditaciones. Sin reparar en los que estan en la escena se dirige con lentos pasos al oratorio, y entra en él.)

Abismada la Condesa
va en honda meditacion...

BALLESTA. Vuelta á orar... pues ya es tarea!...
Si para hablar no tuviéramos,
doña Beatriz, mas que á ella,
á fé que nos era inútil
completamente la lengua.

BEATRIZ. Es verdad: cómo ha de ser!

BALLESTA. Mas por fortuna nos quedan
su hermana doña Leonor
y don Juan de la Hortiguera
su primo, que aunque uno y otro
de graves pican, no pecan
de mudos...

BEATRIZ. Cierto; y sabeis
que tengo acá mis sospechas
de que á Leonor el don Juan
enamora?

BALLESTA. Buena es esa!
holgárame, vive Dios,
de que ante el ara se unieran,
á ver si con nuevas bodas
lográbamos vida nueva.

BEATRIZ. No lo espero: es el don Juan
de la casa solariega
de Sarmiento, allá en Galicia;
pero aunque corre en sus venas
sangre de la mas ilustre
é inmaculada ascendencia,
su nobleza y su caudal
hacen muy malas parejas.
Ella es pupila del rey,
tiene ademas mucha hacienda...
con que así...

BALLESTA. Dejadlo andar,
que como se amen de veras,
la hacienda no será obstáculo
para lograr lo que quieran.

BEATRIZ. Andallo. (*Aparece don Juan en la galería.*)
BALLESTA. Pero aquí viene
don Juan.
BEATRIZ. En buen hora venga.

ESCENA II.

DON JUAN. DOÑA BEATRIZ. BALLESTA.

JUAN. Guárdeos el cielo.
BEATRIZ. Y á vos
su bendicion os conceda.
JUAN. Rezábais?
BALLESTA. Lo que es ahora,
aunque osadía os parezca...
murmurábamos.
BEATRIZ. Qué dice!
BALLESTA. La verdad.
BEATRIZ. Señor, no crea...
BALLESTA. Tambien vos, á qué negarlo?
JUAN. Que me place tu franqueza.
BALLESTA. He reñido tres batallas
navales y seis en tierra.
JUAN. Entonces mal te avendrás
á esta quietud...
BALLESTA. La fuerza,
un antiguo refran dice,
señor, que no hay resistencia.
JUAN. Te comprendo: puede ser
que en breve desaparezca
esta severa quietud...
(Pero aquí mi Leonor llega...)
Retiraos.
BALLESTA. Plegue al cielo
que hayais sido buen profeta.
BEATRIZ. (*Dirigiéndose al fondo con Ballesta.*)
Con que le vais á decir...
BALLESTA. Eh! qué importa? si él no reza.
(*Sale doña Leonor por la puerta de la izquierda.*)

429

ESCENA III.

DOÑA LEONOR. DON JUAN.

LEONOR. Bien venido el caballero.
JUAN. Bien haya mi dulce amor...
LEONOR. Venís á ver á Leonor?
Así, puntual os quiero.
JUAN. Te agrada?
LEONOR. Pues no?
JUAN. Qué escucho?...
Siéntate.
LEONOR. Primo, sí haré.
JUAN. Y yo?
LEONOR. A mi lado y de pié.
JUAN. He de apoyarme?
LEONOR. No mucho.

(Don Juan se apoya en el respaldo del sillon.)

JUAN. Qué magia hay, Leonor, en tí
que nutre y dobla mi encanto?
LEONOR. Lo ignoro; pero otro tanto,
don Juan, me sucede á mí.
JUAN. Bendito sea el iman
de esa tu mirada ardiente,
de cuya luz ya pendiente
el alma de [illegible] don Juan!
Oh... mi Leonor! yo bien sé,
yo por mi dicha no ignoro,
el por qué tanto te adoro
con tan noble y pura fé.
No es tu belleza cumplida:
no es la lumbre de tus ojos,
ni son esos labios rojos,
de perlas fuente escondida...
los que esta amante inquietud
dentro de mí produjeron;
es que en tu seno imprimieron
los ángeles su virtud.
Te adoro, porque fulgura
un cielo sobre tu frente;
porque eres tierna, inocente,
y mas que hermosa eres pura.

LEONOR. Deten el vuelo fugaz
de tus vehementes amores...
y ve los rojos colores
que van saliendo á mi faz..
Ay don Juan! cuánta pasion!

JUAN. Con ella mi dicha labras.

LEONOR. El eco de tus palabras
resuena en mi corazon.

(*Desde el fondo de la galería se ve venir lentamente al Conde, cuyo aspecto sombrío revela un oculto sentimiento. Se acerca sin que lo noten hasta que el diálogo lo indique.*)

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR. EL CONDE. DON JUAN.

4/29 da

JUAN. Es fuerza ya, Leonor mia,
y á nuestra fé corresponde,
que sepa mi tio el Conde
nuestra ciega idolatría.
Por qué se le há de ocultar?
Tal vez nuestra union apruebe,
y esto mas pronto nos lleve
ante el ara del altar.
Quién sabe si este deseo
se cumplirá brevemente?...
quiero que brille en tu frente
la corona de Himeneo.
Tú mi encanto doblarás
y tambien nuestra alegría...

LEONOR. Pues qué! Don Juan, todavía
podemos querernos mas?
No vienes á oir mi acento?
No son cuando me enamoras
breves instantes las horas?
No es mio tu pensamiento?
Nuestros votos dónde van?
Y cuando nos separamos,
nuestra imágen no encontramos
en todas partes, don Juan?

JUAN. Bien tanta gloria diviso;

mas puede este afan crecer...
se puede llegar á hacer
de la tierra un paraiso.
Oh!... jamás en nuestra union
habrá un dolor ni una queja...

CONDE. (Se aman... que Dios proteja
tan pura y tierna pasion!)

LEONOR. Y crees tú que aprobará...

JUAN. Veremos lo que responde
cuando este amor sepa el Conde.

CONDE. El Conde lo sabe ya.

LEONOR. Ah! (*Incorporándose.*)

JUAN. Señor...

CONDE. Enamorados
ardientemente os hallais...
por qué la frente inclinais
confusos y sonrojados?
No es pura vuestra pasion,
y no es vuestro amor profundo?...
por qué lo ocultais del mundo?

LEONOR. Y es verdad... teneis razon.
En buen hora el cielo os trajo
á conocer nuestro afan...
así librais á don Juan
de un importuno trabajo.

CONDE. Que ya tomarse debió.

JUAN. Mucho, señor, hoy me pesa;
mas para tan grande empresa...

LEONOR. Yo tengo la culpa, yo.
El ya os quiso revelar
el amor que nos afana;
mas yo tuve por temprana
la accion, y mandé callar.
Aquí está todo el enredo.

JUAN. Ya que todo lo sabeis,
señor, qué nos respondeis?

CONDE. Nada contestaros puedo.
No es hija mia Leonor,
ni dispongo de su mano.

JUAN. Mas podeis del soberano
alcanzarme tal favor.

CONDE. De él pupila, corresponde

al rey su union aprobar:
para su gracia lograr
hará cuanto pueda el Conde.

JUAN. Oh!... cuán dichoso me haceis!

CONDE. Mucho me holgára en verdad
daros la felicidad...
porque ambos la mereceis.
Vamos á palacio?

JUAN. Al punto!

CONDE. Qué dice la ilustre dama?

LEONOR. Que bien; y que eso se llama
el llanto sobre el difunto.

CONDE. Conserven tu buen humor
los cielos libre de penas,
y corran siempre serenas
las horas para tu amor.
Os unireis pronto, sí: —
del rey la gracia es segura... —
mas... Dios os dé mas ventura
que le plugo darme á mí!

JUAN. Quién sabe, noble señor,
lo que el porvenir prepara?
demos al tiempo la cara
sin que la anuble el dolor.
Acaso mejores dias
pronto alumbren este espacio...

CONDE. Vamos, don Juan, á palacio,
y dejaos de profecías.

ESCENA V.

DOÑA LEONOR.

Pobre Conde! sus enojos
há tiempo que comprendí...
cuando le oigo hablar así
lágrimas brotan mis ojos.
Ya va cubriendo su frente
la nieve que al fuego abate,
y aun en su pecho late
un corazon noble, ardiente.
Era mi hermana su amor:

espejo en que se miraba,
y tanto la idolatraba
como don Juan á Leonor.
Mas ella á su voto fiel,
en hondas meditaciones
atenta á sus devociones,
apenas repara en él!
Con qué placer le daria
la ventura que no tiene...
he de probar...

(*Viendo salir á la Condesa del oratorio.*)

Allí viene...
oh!... cada vez mas sombría!

(*Baja lentamente doña Blanca hácia el proscenio sin reparar en Leonor: en la vaguedad de su vista deberá notarse la agitacion de su espíritu: se detiene un instante junto el sillon, y se sienta en él maquinalmente.*)

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA. DOÑA LEONOR.

LEO. (Ni aun me ha visto.)
BLA. Las bóvedas del templo...
sí... contienen un aura bienhechora,
que dulcemente alivia los dolores
del corazon que llora.
Hoy siento el mio... por la vez primera,
latir menos violento...
Oh!... puede ser que mi oracion postrera
haya subido hasta el eterno asiento,
y el sumo Dios de mi pesar dolido
me conceda la calma
que con tanto fervor... ay!... le he pedido.
LEO. (Qué murmura?... me acerco...) Blanca mia?...
BLA. Quién es... eres tú, hermana?... me has oido?
LEO. No, Blanca; pero al ver descolorida
como nunca hoy tu faz: que por mi lado,
sin reparar en tu Leonor querida,
tristemente pasabas, he llegado
para saber si tu salud preciosa
algun nuevo dolor ha quebrantado.

BLA. Algun nuevo dolor?... no, por mi vida.
LEO. Me engañas?...
BLA. Yo!... tu cariñoso celo
de mis palabras á dudar te obliga...
me encuentro bien, Leonor, gracias al cielo.
LEO. Es que quisiera, hermana, al anunciarte
una nueva feliz, y que no esperas,
que con faz menos triste la escucharas.
BLA. Una nueva feliz... estás segura
que será tan feliz como declaras?
LEO. Se trata de mi bien, de mi ventura...
BLA. Ah!... de tu bien... sí, ciertamente, mucho
me interesa, porque él es el bien mio...
lo ves? ya estoy alegre... ya te escucho.
LEO. Me desposan.
BLA. Con quién?
LEO. Con nuestro primo.
BLA. Os amais?
LEO. Oh!... con ciega idolatría.
BLA. Que Dios acoja los amantes votos
de vuestro puro corazon: que nunca
en él se trabe la borrasca fiera
que el bien ahuyenta y la esperanza trunca,
y unidos siempre por la fé del alma
en las horas que mudas os esperan,
todo sea, Leonor, ventura y calma!
LEO. Sí lo será; que en la bondad confio
de ese Dios que comprende la pureza
del amor de don Juan y el amor mio.
Verás cómo se aleja la tristeza
de esta mansion há tiempo tan sombría:
á abrirse volverán nuestros salones,
y en ellos renaciendo la alegría,
sonarán otra vez dulces canciones,
y alegre danzará en nuestros festines
la multitud galana
de nobles y esforzados paladines.
BLA. Calla, por Dios!
LEO. Y tú tambien, hermana:
tú tambien, de los tuyos embeleso,
trocando en galas el severo luto,
á la fiesta vendrás, y allí conmigo

al lícito placer darás tributo.

BLA. Imposible!

LEO. Por qué?

BLA. Deja te ruego
el importuno preguntar... Placeres!
no los hay para mí!

LEO. Blanca, qué dices?...

BLA. Ay!... te suplico que mi paz no alteres.

LEO. Eso ya es por demas!... yo he respetado
la religiosa fé que te alimenta:
yo en silencio las horas he contado
que orando pasas en la noche y dia,
y Dios no exige del humano celo
tan dura abnegacion. Qué te sucede?..
quiero rasgar el misterioso velo
que envuelve tu existencia...

BLA. (*Se incorpora.*) Leonor mia!...
no quieras penetrar nunca hasta el fondo
de un corazon que á Dios se há consagrado!...
deja que guarde lo que en él escondo.
No te cuides de mí, pasa adelante:
oye mis votos sin temor ni susto...
para ensalzar á Dios nada es bastante.
yo nada hago de mas, hago lo justo.

LEO. Y es justo, es justo que á tu buena hermana,
al noble Conde, y los que en tí sus ojos
fijaron con amor, llenes de pena
pagando su cariño con enojos?

BLA. Dios mio!... déjame!...

LEO. No! no te dejo!
quiero que brille en tu razon sombría
la luz de la verdad limpia y serena.
Tú, pobre Blanca mia!
tú la mas pura de las ricas hembras;
que en la senda del bien siempre has vivido
feliz dando consuelos, y ahuyentando
las penas del espíritu afligido...
Por qué esa austeridad? por qué en malhora
perdiste aquella plácida alegría
que en todo lo que entonces te cercaba
con magia sin igual resplandecia?

BLA. Ah! no te dueles de tu pobre hermana!

LEO. Su amor me impele á hablar de esta manera:
no quiero, no, que en reclusion temprana
marchite su envidiable primavera.

BLA. Al fin has levantado en mi memoria
recuerdos que dormian... tengo miedo!...
Oye, pues quiéres conocer mi historia,
cuánto sufro callando... y ve si puedo
calmar de mi honda herida
los agudos dolores,
cambiando el rumbo de mi triste vida.

LEO. Sí, Blanca, estamos solas... y en mi seno,
que es el tuyo tambien, derramar puedes
de esa herida fatal todo el veneno.

BLA. Yo sola este dolor sufrir queria...
bien lo sabes, Leonor, he resistido
cuanto dable me fué... mas llegó el dia
de hablar... y á hacerlo voy: Dios lo ha querido!
Te acuerdas... há tres años, cuán dichosa
del Tambre en la ribera, nuestra vida
entre flores pasaba silenciosa?
Qué distinto de ahora!... edad querida!
cómo envidio la paz de los pensiles
donde en tranquila soledad corrieron
de Leonor y de Blanca los abriles!
El rey me desposó... cambié de estado
sin notar que el marido que me daban
me doblaba la edad... yo, como á un padre
cariñosa le amé, porque creía
que este amor tan profundo era en la tierra
el amor mas vehemente que existia.
Y cuánto me engañé!... Vine á la corte...
y tú tambien Leonor... nunca mi lado
desamparaste, hermana... y si algun dia
te alejaras de mí... dime, no es cierto
que no te alejarás?...

LEO. (*Abrazándola.*) No, Blanca mia!
Siempre juntas...

BLA. Pues bien, juntas vinimos:
aquella vida de inocencia pura
olvidamos aquí... juntas corrimos
llevadas del torrente cortesano
en pós del brillo, el fausto, la locura...

Era ese mundo á mis cerrados ojos
un mundo de placer desconocido:
apenas entré en él, gratas sonaron
lisonjeras palabras en mi oido.
Do quiera celebraban mi hermosura,
mi talento y donaire... yo lo oía,
y satisfecho el femenil orgullo
al son de las lisonjas me dormia.
Pero una noche... un hombre... bien me acuerdo!...
gallardo, de linage esclarecido,
á mi lado pasó... Ligeramente
sus labios murmuraron un cumplido,
y siguió su camino indiferente.
No sé qué fué de mí! Sobre su huella
mi vista se clavó... le fué siguiendo
hasta fuera el salon... y ya no estaba...
y aun mi corazon le estaba viendo!
Aquella noche el sueño... de mis ojos
con desden se apartó: dentro del alma
sentí de una inquietud desconocida
el contínuo anhelar... perdí la calma!
Pensé encontrar alivio al nuevo dia...
pero otra vez le vi... y otras mil veces...
y entre tanto en silencio yo apuraba
la copa del dolor hasta las heces.
Cuando alguno su nombre pronunciaba:
cuando sus hechos relatar oía,
y ensalzar su grandeza y su hidalguía,
mi estremecido corazon lloraba;
y cuando ante mis ojos parecia,
mi espíritu hácia él libre volaba.
Esto fué por demas: en mi arrebato
no dí lugar á la razon, y pude
haberme despeñado hasta el abismo
del eterno baldon... mas por fortuna
mis ojos á la luz del bien se abrieron...
comprendí que mi fuerza era ninguna
á salvarme del hombre que adoraba,
si en malhora notaba el sentimiento
que sin él conocerlo me inspiraba.
Comprendí que el deber es lo primero:
que estaba unida con estrechos lazos

á un anciano, es verdad, mas caballero...
un anciano leal que me fiaba
la honra de sus ínclitos mayores,
y ahogar dispuse en mi irritado seno
hasta el recuerdo ¡ay Dios! de mis amores.
Leonor... para las almas doloridas
y que penan de amor como yo peno...
no hay bálsamo que cure sus heridas.
No hay mas, no hay mas que Dios... todos los bienes
del espíritu emanan de su trono...
Dios es mi salvacion... y aquí me tienes
retirada del mundo y cuanto adoro,
pidiendo al cielo que me vuelva un dia
la paz del alma que perdida lloro.
Y sin embargo... lo creerás? há un año
que no le veo... ni escuché su nombre:
que apenas se levanta en mi conciencia
la acusacion mas leve... al punto acudo
á imponerme severa penitencia:
mis ojos cierro, tapo mis oidos...
hermana, huyo de todos... y no obstante
ese demonio tentador me sigue:
por do quiera que voy... él va delante!
Qué mas, qué mas á mis deberes toca?
puedo hacer en su honor mas sacrificios?...
No lo sé, no lo sé... me vuelvo loca!!
(*Vuelve al sillon.*)

Leo. Ah!... Cálmate por Dios!

Bla. (*Despues de un instante de pausa.*)
Ya que la herida
profunda que hay aquí tocó tu mano...
será prudente... di, cambiar de vida?
(*Leonor lleva á los ojos el pañuelo.*)
Tus lágrimas, Leonor, son elocuentes,
no hay remedio... lo ves?... pero no llores,
ya poco sufriré... tal vez muy pronto
irás mi tumba á coronar de flores.

Leo. Ay, Blanca sin ventura! Quién podia
imaginar que tu piadoso pecho
esa pasion frenética escondia!

Bla. Oh! muy cruel... pero silencio! alguno
se acerca...

LEO. Es mi don Juan...
BLA. Dichoso amante!
LEO. Ya vuelve de palacio... mas, qué miro!...
por qué esa palidez de su semblante?...

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA. DOÑA LEONOR. DON JUAN.

LEONOR. Qué tienes, don Juan?
qué es lo que ha pasado?
por qué de disgusto
indicios tan claros
me dá tu semblante?
Vienes de palacio?
qué es ello?...
JUAN. Que somos
hoy muy desgraciados.
BLANCA. Vosotros tambien!
LEONOR. Estaré soñando...
Has visto al monarca?
te niega mi mano?
JUAN. El monarca ignora
que yo la demando.
LEONOR. Entonces, qué puede
apenarte tanto?
hay algo en la tierra
para tí mas alto?...
JUAN. Hay, Leonor querida,
para nuestro daño
la estrella funesta
que alumbra mis pasos.
LEONOR. Qué tienen que ver
con mi amor los astros?
Acaba, don Juan,
que me estás llenando
de inquietud el alma...
JUAN. Al rey encontramos,
y apenas vió al Conde
le tendió los brazos:
recibióme afable,
y antes que á los labios

del Conde saliera
el ruego anhelado...
con estas razones
le habló el soberano.
«Don Pedro, pretendo
en breve aliviaros
de cierto depósito
que os he confiado.
Sabed que á Leonor,
mi pupila, enlazo
con un caballero
digno de su mano,
honor de mis reinos,
sosten del Estado...»

LEONOR. Así habló el monarca!
oh! yo lo rechazo...
Y el Conde, qué dijo?...

JUAN. Ay!... los dos callamos!
Al oir el nombre
del afortunado...
los dos comprendimos
que era temerario
luchar frente á frente
con varon tan claro,
y á mas... qué ganabas,
Leonor, en el cambio.

LEONOR. Eso dices...

JUAN. Juzga
si habré exagerado
la prez y valía
de mi buen contrario,
cuando idolatrándote
cual yo te idolatro,
hablar mal no puedo,
y á fuer de hombre honrado
delante de tí...
tengo que alabarlo.

LEONOR. Quién es ese hombre
que merece tanto...

BLANCA. Uno hay en España...
pero ese...

JUAN. Le aguardo

aquí muy en breve:
salió acompañando
de palacio al Conde...
y allí está... miradlo!

(*Aparecen en la galería el Conde y don Luis.*)

LEONOR. El marqués de Velez!

BLANCA, (*Con voz ahogada.*)
(Hum!... cielos... Fejardo!!)

(*Queda inmóvil en el sillon, y en actitud que no revele su desmayo hasta el tiempo oportuno.*)

ESCENA VIII.

DOÑA BLANCA. DOÑA LEONOR. DON LUIS. DON JUAN.
EL CONDE.

CONDE. Habla, don Luis, con Leonor,
y de ella podreis saber
si está pronta á obedecer
á su monarca y señor.

LUIS. Mucha mi desgracia fuera,
tocando ya la ventura,
que tan cumplida hermosura
pensára de otra manera.

LEONOR. Señor marqués... (ay de mí!)

CONDE. Su timidez no os espante;
puede que mas adelante...
(*Reparando en la Condesa.*)
pero... la Condesa aquí?
(*Dirigiéndose á ella.*)
Doña Blanca... reparad
que está don Luis... (*Pausa.*) No responde!...

LEONOR. (*Corriendo hácia ella.*)
Ah!... está desmayada, Conde!

TODOS. Desmayada!

CONDE. Y es verdad!
(*Llamando.*)
Diana! Camila! Inés!...
(*Salen varias criadas.*)
A la señora, al momento
conducir á su aposento...

Perdonad, señor marqués.
(*Se retiran por la izquierda, llevándose á doña Blanca, Leonor, el Conde, las criadas.*)

ESCENA IX.

DON LUIS. DON JUAN.

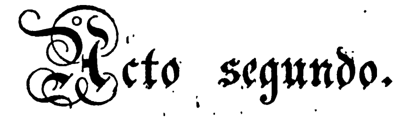
LUIS. Qué es esto, don Juan?
JUAN. Lo ignoro.
LUIS. Suceso mas impensado!...
á la verdad que no he entrado
en la casa con buen pié.
JUAN. No os estrañe, porque á todos
lo mismo que á vos nos pasa:
hay misterio en esta casa...
LUIS. Misterio, don Juan?
JUAN. Sí á fé.
Cuál pueda ser, no comprendo,
ni de hallarlo encontré modo;
pero es lo cierto que todo
aquí nublándose va.
Algun mal genio sin duda
en estas lóbregas salas,
batiendo sus negras alas
há tiempo, don Luis, que está.
LUIS. Pues si yo con él me encuentro,
tan cierto como os lo digo,
á cortárselas me obligo,
aunque le ampare Luzbel.
En hallarle si está dentro
ya vereis cuán poco tardo,
que adonde va Luis Fajardo,
la fortuna va con él.
JUAN. Es cierto que os acompaña;
mas no es el triunfo seguro.
LUIS. Pues que lo ha de ser os juro.
JUAN. Yo os digo, don Luis, que no.
Y perdonadme... que ahora,
señor marqués, me interesa
ir á ver si la Condesa
del parasismo volvió.

ESCENA X.

DON LUIS.

Há un año de estos lugares
me alejé... porque veía
que rodaba el alma mia
á un abismo... y en verdad
que á pesar de cuanto ahora
mi fé y voluntad resuelven...
al propio lugar me vuelven
el rey, y la fatalidad.
¿Misterios donde moraba
há un año tanta franqueza...
¿Dolor, angustia y tristeza
en la mansion del placer...
Y qué, á vencerlos no bastan
mi fortuna y mi denuedo?...
Don Juan, si puedo ó no puedo...
por Dios que lo hemos de ver.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR. DON JUAN.

JUAN. Son ilusiones, Leonor,
que nuestra mente exaltada
inventa para impedir
que nos deje la esperanza.

LEONOR. Así mi valor alientas?
así, mi don Juan, desmayas?

JUAN. Bien sabe Dios, que comprende
lo que en el fondo del alma
de don Juan está pasando,
que nunca de mi demanda
cederia si pudiera,
bella Leonor, alcanzarla
á costa de sacrificios,
peligros y cuchilladas.
Mas de probar el esfuerzo
de mi brazo no se trata;
sino de evitar el rayo
que á nuestras frentes amaga,
conjurando el huracan
que tanto bien me arrebata.
Y todos son imposibles...
el remedio?... no se halla.
Quién podrá contrarestar
la voluntad soberana?
Quién al marqués de los Velez
podrá arrancarle la palma?

El rey por legal derecho
te lleva ante el ara santa
con la dignidad suprema
que corresponde á tu casa:
te dá por esposo á un héroe
cuyas gloriosas hazañas
alborazada publica
por todo el orbe la fama.
Y con quién, sino contigo,
hombre de estirpe tan clara
pudiera enlazar su mano?
tú sola eres digna...

LEONOR. Calla!
que al escuchar tan juiciosas
y peregrinas palabras
este amante corazon
de enojo llenas.

JUAN. Repara...

LEONOR. Qué es reparar! De valor,
de intrepidéz, de constancia
ejemplo al fuerte don Juan
tendrá que darle una dama?
En buen hora que Fajardo
por su cuna y prendas raras
merezca que le corone
la mejor hembra de España.
Sé que es galan, generoso,
y muy discreto en sus pláticas;
pero sin que yo rebaje
su perfeccion estremada,
cuando ha llegado... mi seno
henchido de amor estaba,
y mujeres como yo
nada mas que una vez aman.

JUAN. Ah!... qué noble es el espíritu
que dentro del pecho guardas!

LEONOR. Yo veré á su magestad,
y le diré que no basta
para aceptar una boda
la voluntad de un monarca.
Que ya [illegible] mi corazon
há ti[illegible] ...or entrad[illegible]

y que este amor, en la tierra
ninguna fuerza lo arranca,
porque el corazon es libre,
y el corazon no se manda.

JUAN. Pero si tu voluntad
de ese modo le declaras,
lo tomará á irreverencia...

LEONOR. Y bien?

JUAN. Perderás su gracia.

LEONOR. Con eso me dejará
vivir en paz.

JUAN. No, te engañas:
te encerrará en un convento,
y allí triste, solitaria
devorarás las memorias
de un amor sin esperanza.

LEONOR. Pues iré á encerrarme en él
sin que de mis labios salga
ni un suspiro, ni una queja...

JUAN. Pero Leonor adorada...
qué será entonces de mí?
te olvidas de cuán amarga
será de don Juan la vida?
Allí por mí sepultada,
perdida la libertad,
marchitando con tus lágrimas
de tan bella juventud
las ricas y puras galas...
Oh!... jamás; antes la muerte
sabré darme...

LEONOR. Con que nada
segun eso ya nos resta?
no hallo medio que te plazca?...

JUAN. Yo bien quisiera que el cielo
nuestra mente iluminára...

LEONOR. Pero si en cuantos caminos
mi pobre ingenio se lanza,
con tus severas razones
lo desanimas y atajas...

JUAN. Y qué he de hacer, Leonor mia,
si comprendo por desgracia,
que la inconstante fortuna

nos ha vuelto las espaldas?

LEONOR. Pues ello es fuerza encontrar
remedio á desdicha tanta,
y lo hallaré, sí, por cierto.

JUAN. Es grande la confianza
que tengo en tí; pero...

LEONOR. Cesa!
no mas dudas... Dios me ampara!
Mi hermana me quiere mucho,
y en talento me aventaja:
conoce nuestra pasion
y sabe lo que nos pasa,
y si una vez se decide
á proteger nuestra causa,
nuestra será la victoria...
su poder á mucho alcanza.

JUAN. Doblo mi frente, Leonor;
una vez rota la valla,
acepto las consecuencias
de nuestra amorosa llama.

LEONOR. Pues adios, que al punto voy
de la Condesa á la estancia.

JUAN. Ay!... adios... y él ponga término
á nuestras mortales ansias.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR.

No nos queda mas recurso:
si este medio no nos salva
con él, en la tempestad
perdemos la mejor áncora.
Quién sabe? puede que no...
confio en mi pobre Blanca:
ella, que sabe sentir
como pocas esta insana
y cruel lucha de amor,
hará por darme la calma;
todo el bien que puede hacer...
Y esto tal vez la distraiga
de ese tenaz pensamiento

que do quiera la acompaña...
Sí, sí; porque haciendo bien
las almas puras descansan.
Voy á arrojarme en sus brazos...
pero ella aquí sale...

ESCENA III.

DOÑA BLANCA. DOÑA. LEONOR.

LEON. Ah! hermana...
BLAN. Lágrimas ya sulcando las serenas
frescas megillas de Leonor... principian
á desgarrar tu corazon las penas?
LEON. Oh, cuántas!... dónde vas?...
BLAN. Dónde?... lo ignoro:
he salido hasta aquí... ya me he olvidado
de cuál era el objeto... Los latidos
que hoy me dá el corazon me desvanecen,
me abruman... y trastornan los sentidos.
Estoy tan agitada... tan inquieta,
que vago sin cesar... Oh! tengo miedo
de verme á solas... y por eso giro...
pero aquí te encontré y aquí me quedo.
LEON. A buscarte iba yo...
BLAN. Gracias, hermana:
tu llanto ibas á unir al llanto mio?
Has pensado muy bien; las que padecen
de este ciego anhelante desvarío...
deben buscarse y devorar unidas,
sin que el mundo lo sepa, sus dolores.
LEON. Iba á gemir y á reclamar tu amparo,
único bien que resta á mis amores.
BLAN. Mi amparo!... por ventura
la que está condenada á este martirio,
á este afan destructor, hondo, profundo...
podrá endulzar de nadie la amargura?
de qué su amparo servirá en el mundo?
LEON. Ay!... Blanca, por piedad! no desconfies
de un poder que sostiene mi esperanza:
tú puedes conseguir que en favor mio
incline la justicia su balanza.
BLAN. Lo crees así, Leonor? yo decidida,

porque logres tu anhelo, estoy á darte,
si la has menester hoy... hasta la vida.
Pero qué puedo hacer? ir desolada
á arrojarme á los piés del soberano?
Dirá que su palabra está empeñada,
es severo, y mi ruego será en vano.

LEON. Es cierto, y nada espero,
una vez empeñado en esta boda,
de Felipe tercero.
Mas si tú con tu acento apasionado,
con esa voz de mágico sonido
que las almas conmueve... aquí dijeras...
«El noble caballero que ha escogido
el rey para Leonor, la ensalza mucho:
nunca tal honra merecer creía,
y con orgullo si la fuera dable
tan alto galardon aceptaria.
Pero Leonor há tiempo que en el alma
alimenta un amor honesto y puro
que de toda su fé lleva la palma:
no es de Leonor el corazon bastardo,
y no sabe mentir...» Si esto dijeras
al marqués de los Velez...

BLAN. A Fajardo!!!

LEON. Pues sí...

BLAN. Qué es lo que pides!...

LEON. Qué te inquieta?

BLAN. Hablarle yo al marqués!...

LEON. Qué hay que lo estorbe?
Él como nadie tu opinion respeta...

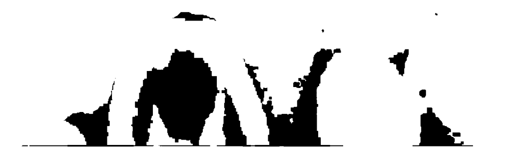
BLAN. Sin duda has olvidado
una historia de lágrimas
que anoche te he contado.

LEON. Pues... cómo!...

BLAN. Sí, te dije que existia
sobre la tierra un hombre, cuya imágen
tenaz á todas partes me seguia:
que era ilustre...

LEON. Es verdad!...

BLAN. Jóven, gallardo...
y anoche aquí, Leonor, perdí el sentido!...
Comprendes ya quién es?...



LEON. Era Fajardo!
BLAN. Y habrás tambien ahora comprendido
el rigor de la estrella que preside
mi destino fatal...
LEON. Sí; todo, todo
ante mis ojos hoy claro parece...
para nunca volver... ay! de partida
va mi esperanza!... y tu infortunio crece!
BLAN. Mal astro alumbra nuestra pobre vida!
No sufre aun el pensamiento mio
bastante agitacion... no basta que huya
del mundo, y que en la noche solitaria,
y un dia y otro dia, eleve al cielo
fervorosa plegaria,
para arrancar por siempre de mi seno
esta pasion que á mi virtud sonroja...
es forzoso apurar todo el veneno...
y al marqués el averno aquí me arroja!!
El averno... qué digo? y no podria
el cielo ser para probar el temple
de la virtud que guarda el alma mia?
Quién sabe... si yo logro en esta prueba,
prueba terrible, sí... pero segura,
triunfar del corazon... que mi memoria
por todas partes resplandezca pura...
si de cerca mirando esa hechicera,
temida imágen que enloquece el alma,
indigna de esta fé me pareciera...
Oh!... puede ser... nosotras muchas veces
al lanzar nuestra ardiente fantasía
un objeto ideal aquí formamos,
que es solo una ilusion... Ah, Leonor mia!
sí... sí... un esfuerzo mas y nos salvamos!
LEON. Qué dices...
BLAN. Que no dejes la esperanza
de tu seno escapar... aun hay remedio,
el afan de hacer bien á mucho alcanza.
LEON. Vas á hablar á Fajardo...
BLAN. En cuanto llegue
de tu amor le hablaré, de tu fatiga...
siento aquí germinar de un vigor nuevo
el ardiente raudal... será mi enseña

tu bien, y alcanzaré doble victoria...
me parece que ya de mí soy dueña.

LEON. Estás segura?

BLAN. Oh! sí: no ves mi frente
que altiva vuelve á alzarse, y mis pupilas
con la luz del orgullo refulgentes?
Mi espíritu abatirse ante la sombra
de un mortal... como todos, pobre arena!?
Desde hoy he de mirarle fijamente,
y el miedo ahuyentaré que me enagena.

CRIADO. (*Que sale.*)
El marqués de los Velez.

BLAN. (Ay!...)

LEON. Qué dices?...

BLAN. Que al punto puede entrar...
(*Vase el criado.*)
Déjame sola.

LEON. Pero...

BLAN. Vete, Leonor!

LEON. Si vences, Blanca...
mereces de los santos la aureola.
(*Doña Leonor se retira por la izquierda.*)

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA. *Despues* DON LUIS.

BLANCA. Vamos á ver, corazon,
cuál de los dos puede mas:
há largo tiempo que estás
en contínua rebelion,
y ya que á lidiar salí;
quiero al momento saber
si tú me puedes vencer,
ó si te venzo yo á tí.
La lucha á trabarse va,
lucha á muerte entre los dos...
aliente á quien quiera Dios...
(*Escuchando.*)
Se acerca...
(*Sale don Luis.*)
Bueno... aquí está.

LUIS. Señora... anoche salí

lleno de viva inquietud...
BLANCA. Por qué?
LUIS. Por vuestra salud;
¿cesó el accidente...
BLANCA. Sí.
LUIS. Como fué tan impensado,
produjo en mí un interés...
BLANCA. Mucho agradezco, marqués,
vuestro amistoso cuidado.
LUIS. Llegué en mal hora, y me pesa;
á don Juan lo dije así.
BLANCA. ¿Dijísteis...
LUIS. Que entraba aquí
con mal pié, noble Condesa.
BLANCA. Y quien tan altos blasones
como vos logró alcanzar,
puede jamás abrigar
tan vagas supersticiones?
LUIS. No hay blason ni gerarquía
que evite su influjo ciego:
ellas son hijas del fuego
de la jóven fantasía.
Y mientras hay corazon,
aunque se oponga el talento
nuestro febril pensamiento
delira...
BLANCA. (Tiene razon!)
¿Y no os sentais...
LUIS. Aceptára
el honor que me brindais
con placer; pero aun estais
indispuesta, y me pesára
llegaros á molestar:
por tanto, si permitís...
BLANCA. No os vayais, señor don Luis,
porque tenemos que hablar.
LUIS. Que hablar los dos...
BLANCA. Sí, marqués.
LUIS. (*Acercando un sillon.*)
En ese caso, varía
la cuestion... señora mia;
me teneis á vuestros piés...

BLANCA. Tengo un cargo que cumplir,
y al cumplirlo, al cielo pido
que no os deis por ofendido
con lo que voy á decir.
No juzgueis que son agravios...

LUIS. Así lo haré en muy buen hora,
pues no lo serán, señora,
en vuestros divinos labios.

BLANCA. Tened los vuestros, don Luis...
porque eso me dá disgusto...

LUIS. Perdonad... pero soy justo.

BLANCA. (Ay cielos!)

LUIS. Con que decís?

BLANCA. Mi hermana doña Leonor
reconoce... y esto es llano,
que alcanza con vuestra mano
un alto y cumplido honor.
Desde antes de conoceros
por vuestros hechos de guerra,
sabe que sois en la tierra
modelo de caballeros.
Pero aunque acaso os asombre,
don Luis, y en vuestra conciencia
lo tacheis de inconsecuencia,
deciros debo en su nombre,
que há tiempo en su corazon,
este suceso ignorando,
gozosa, está tributando
ofrendas á otra pasion.
Pasion, dice, que jamás
de él podrá arrancar... ya veis...

LUIS. Señora, no os molesteis...
comprendo bien lo demas...
y tiene razon á fé.

BLANCA. Paréceme que no os pesa...

LUIS. Ya os dije, bella Condesa,
que aquí entraba con mal pié.
Pero os he visto apurada
para esplicar lo que oí,
y os debo advertir que á mí...
á mí no me asombra nada.
De esta boda há sido el rey,

sabedlo, el único autor:
es mi monarca y señor...
su voluntad es mi ley.
Mas decís que vuestra hermana
de una pasion viva, ardiente,
el fuego en el alma siente,
y callo: desde mañana
procuraré, y es razon,
que el rey de su empeño ceda,
y todo arreglado queda.

Blanca. (Tiene seco el corazon.)
Con que os ibais á enlazar
por obediencia?

Luis. Eso es.

Blanca. Sin amor?

Luis. Sin amor, pues.

Blanca. Y no os asusta?

Luis. Asustar?

Blanca. Sabeis el suplicio horrendo
que es vivir de un ser al lado
sin amar ni ser amado?

Luis. No lo sé, mas lo comprendo.

Blanca. Entonces, si comprendeis
de ese dolor la fiereza,
por qué con tal ligereza
á sufrirlo os esponeis?

Luis. Ved que á sufrirlo me allano
sin oir mi voluntad:
lo manda su magestad,
y obedezco al soberano.

Blanca. Pero si vos elegís
por amor una, al momento
tendreis el consentimiento
del monarca, don Luis.

Luis. Eso no os quiero negar;
mas por amor... no podré
elegir nunca.

Blanca. Por qué?

Luis. Porque yo no puedo amar.

Blanca. Eso decís?

Luis. Os lo fio.

Blanca. A vuestra edad así hablais?

es posible que sintais
el corazon tan vacío?
El sentimiento que Dios
puso con vivo interés
hasta en las fieras, marqués,
os le habrá negado á vos?

LUIS. Nos hemos lanzado ya,
Condesa, en tales cuestiones,
que daros esplicaciones
cumplidas, fuerza será.

BLANCA. Yo no he pensado exigir...

LUIS. Es cierto, no habeis pensado;
pero habiéndome acusado
debeis mi defensa oir.
Os quiero dar una prueba
de que os tengo por amiga,...
y plegue al cielo que diga
nada mas que lo que deba!

BLANCA. Marqués, dejarlo es mejor...
me permití sin pensar...

LUIS. Lo sé; pero debo hablar...
y lo hago cuestion de honor.
Con razones tan severas
mi espíritu acalorais...
no quiero que me tengais
por mas feroz que las fieras,
sino haceros comprender,
aunque doble mi pesar,
que si yo no puedo amar...
no es por falta de querer.
Os tengo veneracion:
confianza me inspirais,
y quiero que conozcais
tal cual es mi corazon.
Murmuran de mi desden,
y dicen, por decir algo,
que solo en la guerra valgo,
pero no me juzgan bien.
Sufriera menos, lo juro,
del mundo en la confusion,
si fuera este corazon
de hielo ó de bronce duro!

Mas por desgracia, señora,
aunque reservarlo intento,
ese mudo sentimiento
há tiempo que lo devora.
Conoceis ya vuestro error?
Pues bien, doña Blanca amiga,
ahora, quereis que os diga
lo que entiendo por amor?

BLANCA. (Ay Dios!)

LUIS. Amor es conjunto
de lo bello, y es tambien
de las glorias del Eden
el mas cumplido trasunto.
Es el astro encantador
nuncio del bien celestial:
lazo que estrecha al mortal
con el Supremo Hacedor.
El los males neutraliza:
él dá á nuestra mente vuelo,
y cuanto toca en el suelo
lo engrandece y diviniza.
Es la fuente de venturas...
y el amor en conclusion
es la primera pasion
de las pasiones mas puras.
Mas con prendas tan divinas,
si lo contemplamos bien,
ese amor tiene tambien
como las rosas, espinas.
Hermoso como jamás
ante mis ojos le vi;
fuí á tocarlo... y cogí
las espinas nada mas.
Hirióme en lo mas sensible,
y aquí con mi herida quedo...
por eso amar ya no puedo...
porque adoro un imposible.
Imposible, que aunque es mucha
mi fuerza de voluntad,
toda es poca á la verdad
para vencer en la lucha.
Y aquí teneis al guerrero:

al buen soldado que aclama
por todas partes la fama
con el renombre de fiero,
luchando con su cariño;
reducido en su razon
á la pobre condicion
de un insensato, de un niño.
Al asaltar la muralla:
en la encendida pelea:
sobre la sangre que humea
en los campos de batalla;
por mas que ahogo y fatigo
el pensamiento y el lloro...
el imposible que adoro
va siempre, siempre conmigo.
Y ahora os pregunto yo:
sabeis vos cuánto es horrible
adorar un imposible
como nadie lo adoró?
Ver siempre un abismo abierto...

Blanca. Marqués!...

Luis. ... De oirme os cansais?...
perdonad... pero llorais?

Blanca. (*Pasándose rápidamente las manos por los ojos.*)
Yo!... llorar?... no; no por cierto...
Estoy tan débil... suspiro
sin saber... hay cosa igual!
Ello sí... me siento mal...

Luis. No os lo dije?... me retiro.
Cuidaos... que vuestra salud
nos es de sumo interés.

Blanca. Sí... gracias... adios, marqués...
(Cruel... horrible inquietud!...)

Luis. (*Dá un paso hácia la salida, y se detiene observando á la Condesa.*)
(No lo alcanzo á definir...
no la he visto así jamás...
Cielos!... habré dicho mas
de lo que debo decir?)

(*Va á acercarse de nuevo á la Condesa; pero de pronto se detiene, y sale resuéltamente de la estancia.*)

ESCENA V.

DOÑA BLANCA.

Ay !... que mi pobre espíritu fallece !...
me abandona el valor... y cuanto miro
ante mis tristes ojos se oscurece.
Y tú... débil mujer... por qué has osado
tender la mano al misterioso velo
que tu pasion frenética escondia ?
Por qué como hasta aquí, su vista huyendo
no has devorado tu dolor á solas,
en silencio la duda manteniendo ?
Pero qué pude hacer ? Yo imaginaba
que al ver la realidad, al acercarme
al mortal cuya sombra me acosaba,
por siempre se hundiria en el olvido
la aventajada portentosa idea
que en malhora formé de su valía...
mas la fatalidad quiere que vea,
para doblar la desventura mia,
un hombre en él tan tierno y generoso,
tan noble como yo me lo fingia !
Es preciso ya huir... mas, dónde, adónde
á mi virtud encontraré un asilo ?
yo lo sabré encontrar...
(*Viendo al Conde, que sale por el foro izquierda.*)
Ah !... Conde ! Conde...

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA. EL CONDE.

COND. Qué os sucede, señora ? como nunca
os hallo hoy agitada...
por qué esa turbacion ?... qué me revela
de angustioso y fatal vuestra mirada ?
BLAN. La turbacion que veis no os cause enojos,
que en ella para vos no existe agravio ;
dejad, señor, de contemplar mis ojos,
y oid no mas lo que pronuncie el labio.

COND. Os escucho.
BLAN. Señor, con la franqueza
de un corazon leal nunca manchado
con la sombra mas leve de impureza,
hondamente afligida á vos acudo;
porque vos sois el único en la tierra
que me puede salvar, vos sois mi escudo.
COND. Y bien?
BLAN. A mi pesar voy á causaros
tal vez el mas profundo sentimiento
que sufrísteis jamás...
COND. Nada os importe.
BLAN. Para calmar la agitacion que siento...
dejad que me retire de la corte,
y que vaya á encerrarme en un convento.
COND. Y no podré saber cuál el orígen
ha sido de la angustia que os fatiga?
No me direis primero lo que os pasa,
y la grave razon que así os obliga
á abandonar, señora, vuestra casa?
BLAN. No señor, no podeis... es imposible...
Dios y yo nada mas!...
COND. ¿Y vuestro esposo
derecho no tendrá...
BLAN. Siempre habeis sido
conmigo delicado y generoso...
sedlo ahora tambien, que es el postrero
favor que he de pediros...
COND. Doña Blanca,
tambien yo otro favor pediros quiero.
BLAN. Cuál es?
COND. Que me escucheis, porque sin duda
al cuidaros de vos, no habeis notado
que tambien vivo triste, y que aunque sufro,
ni una queja mi labio ha pronunciado.
BLAN. Qué me podreis decir que no comprenda!
COND. Luego sabeis de mi dolor la causa
y obstinada seguís la misma senda?
BLAN. Por piedad, noble Conde... no aumenteis
mi horrible agitacion! Si consiguiera
que á costa... sí! de la existencia mia
fuérais dichoso, hasta la vida os diera!...

Ved si estimo, señor, vuestra hidalguía!
Pero todo es en vano!... lo que os pido
concededme al instante...

CONDE. Es demasiado
lo que exigís de mí... Quereis que os vea
indiferente abandonar mi lado...
á vos, único bien que hoy atesora
un hombre que jamás os ha ofendido,
que se miraba en vos... Oh!... no, señora!
Ya que avanzais adonde nunca pude
imaginar... Condesa!... quiero al punto
conocer el misterio tenebroso
que os rodea...

BLAN. No, no!...

COND. Y vais á escucharme.
De franqueza os daré cumplido ejemplo...
haced, señora, vos, por imitarme.
Sin violencia ante el ara vuestra mano
enlazásteis un tiempo con la mia!
digna de mí os hallé, y en vos fiado
honor, gloria, ventura, fama... todo!
en vos deposité con alegría.
Y érais feliz entonces: por do quiera
vuestro decir festivo celebraban,
el hechizo y talento en vos reunidos...
y entonces á mi vez cuando llegaban
vuestras glorias, Condesa, á mis oidos,
de vos muy satisfecho me dejaban.
Este fué por entonces nuestro estado...!
Ya no somos felices, doña Blanca!...
en qué consiste, pues? yo no he cambiado.
Há un año que afligida os considero,
y en él... no, no he faltado á lo que debe
á una dama cual vos un caballero.
Há un año que noté que se alteraba
vuestra salud: callé... y velé por ella:
os agravásteis mucho, y me dijeron
que la fiebre era tal, que delirábais...
delirábais, señora!...

BLAN. (Oh... qué martirios...)

COND. Mas yo de mi nobleza aconsejado...
jamás quise escuchar vuestros delirios!

Aliviada despues, vuestra alegría
se ahuyentó sin dejar rastro ninguno:
he sorprendido el llanto en vuestros ojos
mas de una vez... y no he sido importuno:
la vista de las gentes os cansaba,
y cerrar hice al punto mis salones:
vuestro labio calló... tambien el mio:
siempre sola, en contínuas oraciones,
respeté el sentimiento religioso
que os ocupaba... y para vos he sido
un tierno padre, hermano cariñoso...
Qué mas pude yo hacer?? Eternamente
vuestro silencio hubiera respetado
si el imposible que me habeis pedido
no hiriera mi razon tan fuertemente.
Qué hay aquí que os ofenda?... hablad, señora:
qué os falta, y lo tendreis. Si habeis pensado
consagraros á Dios, á Dios se adora
desde el fondo del alma... y si es tan grande,
tan ardiente la fé que hoy os abrasa
qué el sagrado de un templo necesita...
qué mas templo, señora, que mi casa!?

BLAN. Me estais atormentando...

COND. Hablad!

BLAN. No puedo!...
y jamás hablaré!

COND. Entonces, señora,
ya que vos no cedeis, tampoco cedo.

BLAN. Sí!... Conde... que os lo pido arrodillada!

COND. Es inútil, alzad... á lo que veo
os dejó la dolencia preocupada...
y cumple á mi deber de esos escrúpulos
librar vuestra razon. Desde mañana
volverá á ser mi casa lo que un dia
de mas ventura fué... sin que por ello
se menoscabe vuestra fé cristiana.

BLAN. ¿Quereis verme morir...

COND. Quiero salvaros.

BLAN. Por la postrera vez...

COND. Lo he decidido.

BLAN. Con que nunca!!

COND. Jamás!!

BLAN. Pues si desploma
sobre los dos su maldicion el cielo,
señor Conde! acordaos que habeis tenido
á la noble Condesa á vuestras plantas;
que os rogó con el bien... y en vano ha sido.
(Se retira por la izquierda.)

COND. Veremos de los dos quién mejor obra.
Vos, males me anunciais... para vencerlos
Dios me protege, corazon me sobra!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Salon de descanso: puerta á la izquierda: otra secreta á la derecha: en el foro tres arcos y despues los salones de baile iluminados y henchidos de damas y caballeros.—En la escena muebles ricos de la época.—Aparecen el Conde sentado y Ballesta de pié á una respetuosa distancia.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, BALLESTA.

CONDE. Has cumplido mis deseos:
muy bien, Ballesta, me placen
las claras muestras que has dado
de ligereza y buen arte.

BALLESTA. Yo no he hecho mas que seguir
la senda que me trazásteis.

CONDE. No es poco: para mandar,
basta con breves instantes;
pero cumplir lo mandado
con tal presteza, no es fácil.
Es la música escelente:
ingeniosa la brillante
iluminacion del bosque,
y de un gusto inmejorable
el adorno y los perfumes
de los salones de baile.
Corresponderá el banquete
á sarao tan notable?

BALLESTA. Corresponderá al buen nombre
de vuestra casa.

CONDE. Adelante;
que sirvan con profusion
los vinos y los manjares;
brille la plata y el oro;
todo sobre y se derrame,
aunque mis rentas de un año
en esta noche se gasten.

BALLESTA. Se gastarán, señor Conde,
y se gastarán en grande;
que en punto á saber gastar
hay pocos que me aventajen.

CONDE. Un hombre así necesito.

BALLESTA. Pues conmigo lo encontrásteis.

CONDE. Está bien; te premiaré
si lo que prometes haces.

BALLESTA. Teneis algo que mandar?

CONDE. Nada; puedes retirarte.

BALLESTA. (Vamos... ya es muy diferente.
esto cambia de talante.)

ESCENA II.

EL CONDE.

Gran noche! despues de un año
de calma y paz monacales,
hace el ruido del festin
un escelente contraste.
Gran noche! placer sus dones
en ella á todos reparte,
y á mí... á mí!... qué me quejo?
quién por tan poco se abate?
Ahoguemos entre el bullicio
mis importunos pesares,
y en estas alegres horas
tengan mi seno por cárcel.
Y tan estrecha será,
que por mucho que batallen,
mientras los guarde mi aliento,
no han de salir al semblante.

ESCENA III.

EL CONDE. DON JUAN.

CONDE. Sobrino! ilustre don Juan...
cómo abandonas el puesto?
tan solo y con ese gesto
en tal noche, tal galan?

JUAN. Señor, qué quereis que os diga?
de alegrarme no hallé modo,
y aunque lo emprendo con todo,
todo me cansa y fatiga.

CONDE. Es estraño á la verdad
en un hombre como tú:
tan mozo... por Belcebú!...
si tuviera yo tu edad!...
Si trocar pudiera el hado
la fealdad por lo bello,
mis canas por tu cabello...
y lo pasado, pasado.
Si yo libre me encontrára
y en toda la lozanía
de tus años... quién sería
el que á mí me aventajára?

JUAN. Conde, no digo que no;
mas si al lograr juventud,
la dolorosa inquietud
sufriérais que sufro yo,
mal que pese á vuestro afan
sin vacilar os diré,
que os viérais como se ve
vuestro sobrino don Juan.
Contar con fuerza y valor,
y ceder á la violencia!...

CONDE. Pues á esos males paciencia,
que tiempo vendrá mejor.

JUAN. Jamás tenerla podré,
porque mi esperanza matan:
ved, señor, que me arrebatan
lo que mas idolatré.

CONDE. Y qué harás?

JUAN. Al no olvidar,



si fuera menos honrado,
quisiera desesperado
echarlo todo á rodar.
Pero pese á la querella
de mi amorosa fatiga..
se muestra tan enemiga,
tan rigorosa mi estrella,
que habré de acatar su ley
cumpliendo como leal,
pues Fajardo es mi rival
y quien le casa es el rey.

CONDE. Valor, don Juan, y sufrir:
á golpes como el presente,
no hay mas que doblar la frente
y resignarse ó morir.

JUAN. Por eso estoy.

CONDE. En buen hora.

JUAN. El rey en esta ocasion
dispone una espedicion
para tomar á Mamora.
Contra los rudos infieles
del Africa, á toda prisa,
con la española divisa
saldrán hasta cien bajeles,
que para tan crudas lides
y empresa que tanto asombra,
hoy se aprestan á la sombra
de las columnas de Alcides.

CONDE. Y para calmar tus penas,
don Juan, qué pretendes?

JUAN. Ir
hasta el Africa, y morir
en sus ardientes arenas.

CONDE. Y no encuentras otro medio?

JUAN. Ninguno, señor, ninguno:
todo aquí me es importuno,
me llena de angustia y tedio.
Allá hay guerra, y á lo menos
contra el africano bando
podré morir peleando,
y morir como los buenos.
Haré que plaza me den

aunque de soldado sea,
y satisfaré mi idea...

CONDE. Don Juan, medítalo bien.
Será horrible la batalla
que ahora sufriendo estás;
pero aun hay quien sufre mas,
y observa, y espera, y calla.
Hay quien sufre los rigores
de la mas injusta suerte,
y no obstante se divierte
con sus agudos dolores.
No tan pronto te desmandes,...
ni la esperanza abandones;
que ante las grandes pasiones
no ceden las almas grandes.

JUAN. Mas, qué puedo yo esperar?

CONDE. Eso no sé, buen sobrino,
pues nunca he sido adivino
ni llegué á profetizar.
Mas para trocar ufano
tales cuitas por el gozo,
está siempre un hombre mozo
mas dispuesto que un anciano.
La paz, la guerra, el honor,
el amor, la poesía...
todo le brinda alegría
y dá aliento á su valor.
Eh!... qué diablos, caballero!
ved allá cuánta hermosura...
para endulzar la amargura
no hay mas que decir... «lo quiero.»
Don Juan, vé allá, que el festin
por Dios que está divertido:
lánzate en él decidido,
y tus penas tendrán fin.

JUAN. Cuando vos me proponeis
que á tales medios acuda
para aliviarme, sin duda
que mi afan no comprendeis.
Ignorais cuán honda va
de estas cuitas la raiz...

CONDE. Es verdad... yo soy feliz...

en eso consistirá...
Te dije lo que pensé
conveniente á tu reposo,
mas como yo soy dichoso
y de estos duelos no sé,
siendo para mí tan nuevo
comprender tales quimeras,
puedes hacer lo que quieras,
seguro de que lo apruebo.

JUAN. Salir de aquí me interesa,
pues me ofende cuanto veo...

CONDE. Cumple, don Juan, tu deseo...,
pero aquí está la Condesa.

(*Se ve venir á doña Blanca de los salones de baile: los convidados forman calle y la saludan: ella contesta á todos tristemente.—Viste un trage blanco, pero muy sencillo: su rostro pálido y abatido como en el acto anterior.*)

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA. DON JUAN. EL CONDE.

CONDE. Con cuánta satisfaccion
os veo, noble señora,
siendo, como siempre, ahora
la reina de la funcion.
Ya veis que vuestra presencia
por do quiera ha difundido
el placer...

BLANCA. Lo habeis querido,
y sé que os debo obediencia.

CONDE. Cariño, obediencia nó:
por vuestra salud procuro...
y por lograrla, os lo juro,
diera mi existencia yo.
Mas como vos consintais
en aceptar mis consejos,
confio en que no esté lejos
el dia en que la obtengais.
Y quien ya esta noche os mire
os verá mas animada...
Es cierto?

JUAN. Sí.

BLAN. (Cielos!...) Primo... aléjate con él.

JUAN. Ya se adelanta á saludarte...

BLAN. Bien, llegue en buen hora...

JUAN. (Pobre Blanca!... la fiebre te devora!)

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA. DON LUIS. DON JUAN.

LUIS. Guárdeos el cielo, doña Blanca amiga.

BLAN. Salud, marqués.

LUIS. La vuestra?

BLAN. Como siempre...

LUIS. Por dicha el animado clamoreo
del sonoro festin ya no os ofende?

BLAN. Ofenderme? no tal... es un recreo
del ánimo.... (Qué bien mi afan comprende!)

LUIS. Y vos, don Juan? paréceme que estais
mal dispuesto á gozar de la alegría
que reina por do quier...

JUAN. Y lo acertais.

LUIS. Tan alentado vos y con tristeza?

JUAN. Ella se aposentó en el alma mia,
y tanto se escondió, que solo puede
arrojarla de aquí vuestra grandeza.

LUIS. Solo yo?

JUAN. Solo vos; y os esperaba
porque un favor de vos lograr intento.

LUIS. En mis fuerzas está?

JUAN. Qué hay que se oponga
á vuestro poderoso valimiento?

LUIS. Don Juan... contad con él.

JUAN. Pronto de Cádiz
saldrán hasta cien naves españolas,
con soldados de arrojo y ardimiento,
para asaltar las africanas olas.
Yo de esta espedicion gloria y peligros
anhelo conocer, y en ella os ruego
que un puesto me alcanceis.

LUIS. Y era ese todo
el favor...
JUAN. Sí, don Luis.
LUIS. Pues os lo niego.
JUAN. Señor marqués!
LUIS. Pensadlo mas despacio.
JUAN. Demas lo medité.
LUIS. Ved que hay azares.
JUAN. Lo sé.
LUIS. Que allá van muchos... y es posible
que á saludar no vuelvan sus hogares.
JUAN. Saludarán la gloria.
LUIS. Es que no solo
á luchar van con hombres... son mortales
aquellos climas.
JUAN. Bien sé que la muerte
reina en sus infestados arenales.
LUIS. Entonces?...
JUAN. Plaza en la faccion os pido
nuevamente.
LUIS. Don Juan, ya sabe España
que teneis corazon, valor cumplido;
brillais entre los hombres esforzados,
y á lidiar volvereis... pero esa empresa...
dejad á los que esten desesperados.
JUAN. Acaso yo lo esté.
LUIS. Muy decidido
esta vez os encuentro, y tanto hareis
que acceder será fuerza á vuestro ruego...
ved antes de empeñar vuestra palabra
lo escrito para vos en este pliego.
JUAN. Para mí?
LUIS. Sí, leed.
JUAN. Gran Dios!... Deliro...
BLAN. Qué es ello?
JUAN. Nada... no es ilusion... su mano!...
y es la firma real esta que miro!...
(*Entregando el papel á la Condesa.*)
Doña Blanca... tomad! el soberano
me concede á Leonor!... Y tal ventura
es á vos, don Luis, á quien la debo?
LUIS. Quereis partir al Africa?

JUAN. La espada
que con honor á la cintura llevo,
la hallareis pronta siempre á la defensa
del monarca...

LUIS. No ignoro que es inmensa,
don Juan, vuestra lealtad; mas por ahora
seguid á la fortuna, y en el cinto
conservad vuestra espada vencedora.
Anunciar podeis ya á vuestra futura
esta nueva feliz... id, y con ella
llevadle en nombre mio la ventura.

JUAN. Vuelo, marqués, á publicar ufano
que el bien que hoy alcancé, lo he conseguido
por vuestra noble y generosa mano.

(Entra en el salon: poco despues aparece por la izquierda el Conde, observa á los que estan en la escena, y se retira por la derecha.)

de p.r la izq.da retira p.r la d.ra

ESCENA VII.

DOÑA BLANCA. DON LUIS.

(Doña Blanca concluye de leer el papel, lo deja á un lado y lleva el pañuelo á los ojos, dejando percibir algunos sollozos comprimidos.)

LUIS. Estais llorando, Condesa...

BLANCA. Sí, marqués; pero este llanto
me alivia y consuela tanto...
(Tendiéndole la mano, que toma don Luis con avidez.)
Qué bueno sois!...

LUIS. Oh, sorpresa!
en las mias vuestra mano...
qué es lo que pude yo hacer,
señora, para obtener
un premio tan soberano?...
(La besa, y doña Blanca la retira rápidamente.)

BLANCA. Ay!

LUIS. Qué?

BLANCA. Que abrasa (ay de mí!)
cuanto vuestro labio toca...

LUIS. Será que llega á la boca
el fuego que guardo aquí.

BLANCA. Pues ved que si del crisol
en que hoy está, se derrama,
puede abrasar vuestra fama,
que es tan pura como el sol.

LUIS. (*Con amarga ironía.*)
Pese á mi estrella importuna,
ya que mi fama invocais...
doña Blanca, no temais
que la empañe mancha alguna.
Ya que la fama, el honor
se entiende en el mundo así...
no ha de faltarle por mí
tributo al vulgar clamor.

BLANCA. Fajardo... conformidad...
sacrificio tan cumplido
exige el comun sentido...

LUIS. Mas, no es muy triste en verdad
que ese inmutable poder
mande que en nuestros dolores
seamos mas superiores
de lo que podémos ser?
Por qué tan crudo rigor
cuando en el mundo se hallan
dos seres ¡ay! que batallan
con un mismo ardiente amor?...
Amor puro, indefinible,
del alma luz y consuelo:
como emanacion del cielo,
sentimiento inestinguible...
por qué libres no han de ser?
por qué su afan ocultando
han de mirarse callando,
y callando perecer?...
Del sentimiento profundo
que á mi existencia se unió
puedo ser culpable yo?
Ya por respetos al mundo
desde el afanoso dia
en que este incendio sentí,
su actividad combatí
con toda la fuerza mia...
y no venceré jamás,

porque nada la contrasta...
no!... mi pasion no se gasta;
la sofoco... y crece mas!
Qué hacer en tal situacion?
seguir callando es morir:
se niegan á combatir
las armas de la razon...
Resignacion tuve harta,
y aunque mi fama invocais...

BLANCA. Marqués!... que en la casa estais
del Conde de Santa Marta.

LUIS. (*Reprimiéndose.*)
Oportuna por demas,
doña Blanca, habeis estado...
De ella saldré desterrado
para no volver jamás.

BLANCA. Y adónde ireis!

LUIS. No lo sé.

BLANCA. Esas palabras fatales...

LUIS. No sé mas que sus umbrales
á pisar no volveré;
porque para esta ansiedad
no queda mas que un remedio...

BLANCA. Y cuál es?

LUIS. ... Poner por medio
de mi amor la eternidad.

BLANCA. Y... hareis lo que estais diciendo?...

LUIS. Sí!... qué os importa mi avara
suerte...

BLANCA. Si no me importára
me viérais de amor muriendo?

LUIS. Blanca!...

BLANCA. Ah!... qué he dicho... mentí!!

LUIS. No!... no!!...

BLANCA. Huid, por compasion!!...
(*Retirándose por la izquierda.*)
(Dejé hablar al corazon
un instante, y me vendí!)

(*En el momento de ocultarse la Condesa aparece el Conde por la puerta secreta: él y Fajardo se contemplan breves instantes.*)

ESCENA VIII.

DON LUIS. EL CONDE.

CONDE. Me comprendeis?
LUIS. No, por Dios.
CONDE. Cuanto habeis hablado oí.
LUIS. Incapaz de ello os creí.
CONDE. Yo tambien de lo otro á vos.
LUIS. Y bien, Conde?
CONDE. A mí pesar
nos coloca hoy el destino
frente á frente en un camino...
por él no habeis de pasar.
Sé que á un hombre como vos,
que de arrojo no está escaso,
es grave negarle el paso...
yo os le niego.
LUIS. (Ira de Dios!)
CONDE. Y os lo declaro, marqués,
con la fé mas decidida,
porque me pesa la vida
con la vuestra... vamos, pues!
LUIS. (*Con reconcentrado enojo.*)
Vuestro enojo se permite
lo que el marqués nunca oyó...
La vida?... no seré yo,
don Pedro, quien os la quite.
CONDE. Pues qué! rehusareis el duelo?...
LUIS. (*Con ímpetu.*)
Sabeis que como soldado
en cien batallas he dado
dias de gloria á este suelo?
CONDE. Sois valiente, os lo repito,
y os tengo por tal, marqués.
LUIS. Luego por miedo no es
si vuestro duelo no admito.
Y á ser otro... yo os prometo
que por tal duda, en mis brazos...
os hubiera hecho pedazos...
pero á vos, Conde... os respeto;
pues siempre cercado os vi,

por mas que á mí me rechace;
de una atmósfera que os hace
inviolable para mí.
Un abismo entre los dos
hay que nunca saltaré...
reparacion os daré
mas digna de mí y de vos.

CONDE. Cuál puede ser?...

LUIS. La sabreis.

CONDE. Y cuándo?

LUIS. En breve será;
Fajardo palabra os dá...
pronto á verme volvereis.
En tanto vivid tranquilo
y al banquete regalado
id, que no fué profanado
ni lo será vuestro asilo.

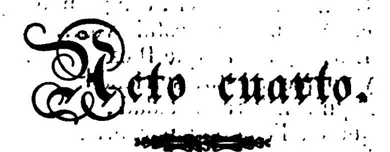
CONDE. Mi indignacion suspendeis...
vea pronto, don Luis,
cumplido lo que decís.

LUIS. Adios quedad... ya vereis
que no es mi promesa vana.

CONDE. (Sobre tu huella estaré.)

LUIS. (En nombre de Dios, saldré
para el Africa mañana.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



Acto cuarto.

Decoracion cerrada. En el fondo dos puertas, y en el centro de ambas una entrada al oratorio cubierta con un tapiz. A la izquierda del actor la puerta de la cámara de la Condesa.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR, EL CONDE.

CONDE. Ya eres dichosa, Leonor.
LEONOR. No es completa mi alegría...
padece la hermana mia,
y padeceis vos, señor.
CONDE. La has visto?...
LEONOR. Sí; se ha empeñado
en dejar el lecho; en él
sufre...
CONDE. Y la noche?...
LEONOR. Cruel!
la fiebre no la ha dejado.
CONDE. Y ahora?
LEONOR. Mas despejada
está... pero me contrista
la vaguedad de su vista,
su languidez estremada.
Cuando la fiebre la hiere
tanto la agita y sofoca,
que habrá de volverse loca,
señor, si no se nos muere!
CONDE. Tan poco hay ya que esperar?

LEONOR. Así lo ha dicho el doctor.
CONDE. Esta dolencia, Leonor,
á todos nos va á matar.
LEONOR. Comprendo, señor, comprendo
cuanto sufriendo estais vos...
CONDE. Eso, nada mas que Dios
y yo que lo estoy sufriendo.
Aquí con fiera ansiedad
que me llena de amargura,
luchando estan la ternura,
la venganza, la piedad...
la voz de todas escucho...
los cielos me den paciencia...
Leonor, porque esa dolencia
de Blanca me ofende mucho!...
Mas si á sus ojos me ofrezco,
advierto que por instantes
muere... y los odios de antes
se van... y la compadezco!
LEONOR. Sí, don Pedro!... honda raíz
echó el mal... ese interés
guardadla siempre, porque es
sin ser culpable, infeliz.
CONDE. Infeliz... tienes razon:
no hay quien de culpa la arguya...
pero esa desgracia suya
me quebranta el corazon.
Oh!... me abruma sin cesar!...
y en trance tan enojoso,
quisiera ser generoso...
y no puedo perdonar.
He perdido de esta vez
la paz que yo acariciaba...
único bien que restaba
á mi cansada vejez!
LEONOR. Señor, que se acerca alguno...
CONDE. Me importunan todos hoy...
huyendo á mi estancia voy,
no quiero ver á ninguno.
(Se retira por la puerta izquierda del fondo.)

ESCENA II.

DOÑA LEONOR. *Despues* DON JUAN.

LEONOR. Qué desventuras, Dios mio!
Conjura la tempestad
con tu infinita bondad.
(*Sale don Juan.*)
JUAN. Adios, Leonor: y mi tio?
LEONOR. En su estancia.
JUAN. Es menester
que yo le vea al momento.
LEONOR. No vayas á su aposento;
porque á nadie quiere ver.
JUAN. A mí tampoco?
LEONOR. Tampoco.
JUAN. Tanto el enojo le afana?
LEONOR. La dolencia de mi hermana
le tiene abrumado, loco.
JUAN. Pues ello es fuerza que yo
le vea, Leonor querida:
está el marqués de partida,
y de hablarle me encargó.
Saldrá tras nuevo laurel
dentro de breves instantes,
y al Conde quiere ver antes
para despedirse de él.
Esto que le anuncie quiere:
de hacerlo palabra di:
cumpliré lo que ofrecí,
y salga lo que saliere.
LEONOR. Y adónde va? á qué region?
JUAN. Adonde ir yo queria:
va al Africa, Leonor mia,
mandando la espedicion.
LEONOR. Plegue á Dios que para bien
sea de él, y del Estado.
JUAN. Ayer ha solicitado
que el mando de ella le den,
y como el rey nada puede
negarle, aunque resistió,
tanto en ello se empeñó

Fajardo, que al cabo accede.
No te estraña, como á mí,
esta violenta jornada,
esta salida impensada?

LEONOR. No, don Juan.

JUAN. Pues á mí sí.

LEONOR. Misterios son.

JUAN. Puede ser:
algo está aquí sucediendo,
Leonor, que yo no comprendo...

LEONOR. Ni lo quieras comprender.

JUAN. Pues lo mandas lo haré así.
De mi tio al aposento
voy á cumplir al momento
lo que á Fajardo ofrecí.
Tal vez su melancolía
hablando conmigo ceda...

LEONOR. Oigate Dios!

JUAN. Cuanto pueda
he de intentar, Leonor mia.

ESCENA III.

DOÑA LEONOR.

Y nada alcanzarás, que es muy profundo
el dolor que le aqueja, y para el Conde
huyó la paz que le brindaba el mundo.
De enojo henchido, trémulo se esconde
de la vista de todos... pobre anciano!...
qué noble y bueno es! Tiende á sus iras
de la razon la poderosa mano,
y lucha, y las enfrena, y se enternece
comprendiendo á su vez la honda agonía
de su esposa infeliz... ah!... pobre anciano!...
lo que sufres!... y pobre hermana mia!

(*Una risa débil y apagada llama su atencion: vuelve el rostro y ve á la Condesa envuelta en una bata blanca, descuidado el cabello, y apoyada penosamente con una mano en el marco de la puerta de su cámara.*)

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA. DOÑA LEONOR.

LEON. Pero... Blanca! ahí estás?... adónde, adónde
la planta llevas?...
BLAN. Me han dejado sola...
Sola dije?... no... no, me acompañaban
mis memorias, Leonor.
LEON. Ven, alma mia;
un momento descansa... (Arde su frente!...)
(*Sentándola en un sillon.*)
Estás aquí mejor?
BLAN. Mejor?... Un poco...
sí, sí... mucho mejor, hay mas ambiente,
mas luz, mas alegría... oh!... me sofoco
en mi oscuro retiro... me marean
las sombras que hay en él... cruzan y giran,
y ante mis ojos sin cesar voltean
y se alejan, y vuelven y suspiran...
no lo dudes, suspiran!... á mi oido
en hilera infinita van llegando,
y en pós una de otra suspirando,
murmuran con acento dolorido
misteriosas palabras que no entiendo...
me asalta en la fatiga un parasismo...
mas vuelvo á la razon... y vuelven ellas
otra vez y otra vez... siempre lo mismo!
LEON. Habrás soñado...
BLAN. No... no es esto sueño:
lo comprendo muy bien... esto es la fiebre...
esto, hermana, es morir!...
LEON. Ay Dios! Qué empeño
el tuyo de afligirnos... esa idea
aleja de tu mente, y piensa, hermana,
en todo lo que el ánimo recrea.
BLAN. Que piense, dices... diligencia vana!
y ¡ay! en qué puedo pensar en tal momento?
ilusiones no hay ya... mi pensamiento
se clava en la verdad... ante mis ojos
la realidad severa se levanta,
y solo el que mi vida se prolongue

4/29 da

es ahora... y no mas, lo que me espanta.

Leon. No quiero que pronuncie mas tu labio
esas palabras... Mira, Blanca mia,
de tu salud, de tu salud hablemos.
Cuando ya estés mejor, mas animada,
saldremos de Madrid, y volveremos
á los sitios de eterna primavera
donde juntas crecimos.... oh! qué hermosos
estarán los jardines, la pradera...
te acuerdas de la fuente cristalina
donde juntas mil veces nos miramos?
del nido de la amante golondrina
que escondido en la torre nos hallamos?
de las coronas que en doblados hilos
de jazmines ornaron nuestra frente.
á la sombra del bosque de los tilos?...
Te acuerdas, es verdad?...

Blan. Confusamente...
Como el vago recuerdo de una historia
que en la primera edad nos refirieron,
así vive ese Eden en mi memoria.

Leon. Con eso gozarás de la sorpresa
al saludar de nuevo los lugares
que há tiempo que no ven á su Condesa.

Blan. Es muy tarde, muy tarde... todo aquello
contemplado á la luz de la inocencia
entonces era delicioso, bello;
mas hoy para mis ojos
no hay goces en la fuente cristalina...
las galas del vergel, serán abrojos.
Y allí... qué iba yo á hacer? Tan solitario
como aquí el corazon, desfallecido
su generoso aliento perderia...
Qué mas dá?... no!... me quedo... ya cumplido
mi destino fatal desde hoy contemplo...
Oh!... la corte! la corte!... Aquí me alivian
las horas de oracion...

Leon. Pues ven al templo.

Blan. Al templo? Sí, Leonor... mas vé delante:
vé sembrando de flores el camino
que á mi sepulcro guia... tu semblante
se nubla al escucharme?... no hagas caso...

ni lo que digo sé, ni lo que quiero.

LEON. Pues bien, en mí te apoya, y paso á paso
entremos juntas.

BLAN. No... vé tú primero.
Sí, sí... primero tú... porque sin duda
mis contínuas plegarias ya cansaron
al Eterno Hacedor.

LEON. Pues ven conmigo.

BLAN. Vé á pedirle por mí... sé intercesora
de tu hermana infeliz... que yo te sigo.

(*Leonor besa á Blanca y entra en el oratorio.*)

ESCENA V.

DOÑA BLANCA.

La bendicion celestial
de esta manera aseguro;
pues será el ruego mas puro
en su boca angelical.
Ella pide al Sumo Juez
mientras doy yo fatigada
á la tierra una mirada...
ay! la postrera tal vez!
Mas... qué es lo que te acomoda
en ella ver?... qué hallarás?...
veo un hombre nada mas...
pero qué la llena toda!

(*Desde este momento va dando Blanca marcadas muestras de demencia.*)

Y ese hombre... sufre por mí...
y él de mi labio escuchó
cuanto por él sufro yo...
y huyó despues... no! yo fuí.
El... juró de amor muriendo,
no volver aquí jamás...
pero aunque no vuelva mas...
qué importa, si le estoy viendo?
Hace bien... ya se alejó...
pero vive para mí...
y por eso desde aquí
nadie le ve mas que yo.

Yo sola... pero tambien,
y no fué en este aposento,
habló... y con fatal acento
de su vida con desden...
«Porque para esta ansiedad
no queda mas que un remedio
murmuró... poner por medio
de los dos la eternidad...»
¡Por amor morir!...
y á la celeste morada
¿cree que mi ardiente mirada
no le habia de seguir?...
Ya el alma mia no llora;
verla dichosa logré...
porque siempre le veré
como le estoy viendo ahora.

Ballesta. (*Sale y dice.*)
El señor don Luis Fajardo
viene á hacer su despedida. (*Vase.*)

Blanca. Despedirse de la vida...
(*Incorporándose violentamente.*)
Qué dices, hombre bastardo...
Fajardo!...

(*Gira la vista como buscando un objeto, y aparece don Luis en la puerta foro derecha, donde se detiene un breve instante. Viste el trage de guerra, pero sin coraza. Al verlo doña Blanca se calma instantáneamente, pero continúa en su estado de insensatez.*)

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA, DON LUIS.

p.r la izq.da coloca en el centro

Luis. (Cielos! la Condesa aquí!...)

Blanca. Dónde está... (*Reparando en él.*)
Ya está allí.
quiso burlar mi deseo:
(*A don Luis.*)
Tan pronto aquí, como allá
os poneis?... eso no es justo,
y ved que me da disgusto.

Donde estábais, mas allá.

LUIS. (*Adelantándose.*)

(Donde estaba?...)

BLANCA. Mas adentro?..

Pero, ha cambiado de trage,
no es de guerra ese ropage?

LUIS. (Ah! Y en qué estado la encuentro!)

BLANCA. Ya que os veo, quiero oir
vuestra voz. No me direis
dónde vais, qué pretendeis?

LUIS. Condesa... voy á salir.

BLANCA. Y cuándo?

LUIS. En breve será;
á nuevas conquistas parto...

BLANCA. A conquistar vais? pues cuanto
no habeis conquistado ya?

LUIS. Algunos pueblos cayeron
bajo el peso de mi espada,
mas para el alma de nada
las conquistas me sirvieron.

BLANCA. Y á conquistar, dónde ahora?

LUIS. Al Africa.

BLANCA. Qué locura!
no es esa una tierra impura
que á todos mata y devora?
Yo... yo recuerdo, yo oí
hablar de ello con afan!
no es cierto que los que van
se suelen quedar allá?

LUIS. No penseis, señora...

BLANCA. Oh! no,
no ireis vos, no, por mi fé.

LUIS. (Que esto escuche!...)

BLANCA. No.

LUIS. Y por qué?...

BLANCA. Porque no lo quiero yo.

LUIS. (Valor y constancia... mas
no dejeis mi corazon...
que en vos en esta ocasion
don Luis su nobleza fia.)
Condesa... estais por demas
agitada... llamaré...

si permitís.

BLANCA. Para qué?...

mejor no estuve jamás.
Ver la gente me disgusta...
los que hoy á mi lado giran,
me miran tanto... me miran
con faz tan triste y adusta...
Callad!... no llameis por Dios!
no quiero, aunque os empeñeis,
ver á nadie... lo entendeis?...
á nadie, no mas que á vos.

LUIS. Blanca!... lo que estais diciendo
comprendeis?...

BLANCA. Oh! sí, muy bien.

LUIS. Y me conoceis?

BLANCA. Tambien.

LUIS. (Su acento me está diciendo
la mas horrible verdad!
tan combatida pasion
ha turbado la razon
de la mas pura beldad.)

BLANCA. Qué sentís... padeceis mucho...
lo que digo no os agrada?

LUIS. El alma tengo abrasada
con lo que ahora os escucho.
Si mi inteligencia Dios
tambien hubiera turbado...
envidia tengo al estado
en que os encuentro hoy á vos!

BLANCA. Por qué en él no estais?...

LUIS. No sé...
porqué mi sino fatal
me puso entre el bien y el mal...
y en fin, señora, porque
de mi mente no se aparta
el lugar do nos hallamos.

BLANCA. Pues dónde?...

LUIS. En la casa estamos
del Conde de Santa Marta!

BLANCA. (*Apoyando rápidamente las manos sobre el corazon.*)
Ah!!... qué oí... Dios de bondad!...

con que cuando yo creía
veros en mi fantasía...
era ilusion... es verdad?
Erais vos... vos, que hasta aquí
á despediros entrais...
sí, porque al Africa vais
á haceros matar allí?

LUIS. Blanca!

(*Haciendo un esfuerzo para reunir sus ideas, y con mucha ternura y desfallecimiento.*)

BLANCA. Fajardo... no sé
quién mi razon ha alumbrado...
tal vez habré pronunciado
palabras... que no pensé...
Mas lo que dijo mi boca...
desmiente mi corazon,
porque... tened compasion,
marqués, de una pobre loca!
(*Con mucha languidez.*)
Llorais?... tambien yo... partid...
que á ser tan feliz llegueis,
como quiero y mereceis...
pero lejos de Madrid.
Lejos, sí... porque os lo fio,
esta será en nuestra vida
la postrera despedida...

(*Dirigiéndose al oratorio con pasos vacilantes, dice con voz dolorida:*)

Ay... para siempre!! (*Entra en el oratorio.*)

LUIS. Dios mio!
Es esto ya por demas!...
y dejarla puedo así...
Oh!... no se apiadan de mí
los cielos...

(*Dá resueltamente algunos pasos hácia el oratorio, pero antes de llegar á él, sale el Conde por la puerta foro izquierda y se le interpone.*)

ESCENA VII.

DON LUIS. EL CONDE.

CONDE. Atrás!...
LUIS. Atrás á mí! quién sois vos?
CONDE. Quien mata vuestros deseos.
LUIS. Apartaos!
CONDE. (*Tirando de la espada.*)
No! defendeos!
LUIS. (*Sacando la suya.*)
La muerte!
LEONOR. (*Dentro del oratorio.*)
Ay!
CONDE. (*Riñendo.*) A los dos
nos trague la eternidad!

(*Leonor sale despavorida del oratorio, y dice con voz enérgica y solemne.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR. DON LUIS. EL CONDE.

LEONOR. Tened!... tened los aceros...
de rodillas, caballeros!
al pié de la cruz... mirad!

(*Levanta el tapiz, y á la débil luz de las lámparas del oratorio se ve á Blanca exánime y abrazada al pié de una cruz grande colocada sobre una gradería.*)

LUIS. Qué miro!!
CONDE. Muerta!...
LEONOR. Sí.
CONDE. (*Entrando en el oratorio; cae el tapiz.*)
Cielo!...

ESCENA ÚLTIMA.

DOÑA LEONOR. DON LUIS.

LUIS. Leonor... dime... no has mentido?...
LEONOR. Inmaculada ha subido
á la mansion del consuelo.

LUIS. (*Queriendo entrar en el oratorio.*)
Déjame!
LEONOR. (*Deteniéndole.*)
No!... no será...
su cuerpo... miradlo vos...
está en la casa de Dios,
su alma en el cielo está!
Ella os amó con delirio,
mas fué tan pura, señor...
que ha conquistado su amor
la corona del martirio.
Premió la suma bondad
su clara y limpia virtud,
dándole eterna quietud...
Su memoria respetad!
LUIS. Oh!... nada me resta... nada!
LEONOR. La gloria, marqués, la gloria,
y de Blanca la memoria.
LUIS. Ella aquí siempre grabada
estará... de mi destino
prenda de lágrimas... ella
será la brillante estrella
que me alumbre en mi camino.
Suframos pues, y acatemos
del cielo la eterna ley:
suframos... y por el rey
y por la patria lidiemos;
que cuando abatido esté
mi nunca domado aliento,
y de arrojo y ardimiento
muestras mi brazo no dé,
ella... luz del corazon!
allá en la celeste altura,
será el ángel de ventura
que alcance mi salvacion.

FIN DEL DRAMA.